

res son unos distribuidores japoneses.

—Consejero delegado de Surcos, productor y realizador, ¿podrás perseverar en la literatura?

QUEVEDO.—Sigo con mis lecturas: Galdós, Larra... Larra me ha gustado siempre, pero ahora más que nunca; me siento cada vez más cerca de él, de sus angustias y sus problemas. Y sigo escribiendo. Apuro mi tiempo hasta lo imposible.

Nino Quevedo dirigirá para el cine, a partir de este mes, un «Goya» enormemente ambicioso, pero no hemos tocado este tema porque no le gusta la publicidad previa.

—No diré una palabra hasta que el film esté terminado.

■ EDUARDO G. RICO.

Hikmet, compromiso y nostalgia

Todos los críticos de poesía, al menos todos los críticos jóvenes, han saludado esta versión al castellano de una antología de Nazim Hikmet (Colección Visor, bajo la dirección de Jesús García Sánchez y José Batlló, Alberto Corazón Editor), con elogios nada frecuentes a pesar de la inclinación a la generosidad que caracteriza a la mayoría de los analistas literarios españoles, jóvenes o viejos. Queremos reconocer enseguida que esta actitud nos parece justa, aun cuando nos situemos en una perspectiva exigente y rigurosa. Tales elogios premian, además, el esfuerzo de los promotores de esta Colección —es sabido el riesgo que corre el que se decide a editar poesía en nuestro país en punto a su economía— tan excelentemente orientada y tan útil para la difusión de la obra de poetas todavía no conocidos por nuestro público, pero ya clásicos.

Se ha escrito erróneamente que esta es la primera antología de Nazim Hikmet vertida al castellano. Nada menos cierto. En el mundo de habla española ya se conocía la obra

de Hikmet a través de una edición argentina de cierta calidad. La verdad es, sin embargo, que esta edición apenas circuló en España hace ya más de dos lustros, y el hecho de no ser la primera nada disminuye, en consecuencia, el mérito de la versión de Soliman Salom para Visor. A Salom debemos también el estudio introductorio, realizado sobre un perfecto dominio de la poesía original del gran poeta turco.

Soliman Salom nos explica muy bien el significado de la obra de Hikmet con respecto a la renovación y el enriquecimiento del idioma turco. Este es, sin duda, uno de sus principales valores. Pero no hay que marginar de ningún modo su aportación en el orden del «compromiso», aunque Salom esté en lo cierto cuando asegura «que no fue primero un luchador y luego un gran poeta, sino que Hikmet fue, es y sigue siendo, más que nada, por encima de todo, un gran poeta, un poeta de talla universal». Hay que añadir a este indiscutible juicio que el «compromiso» tiene efectividad si se da la condición señalada por Salom, a la vez que la calidad —cuando existe calidad— se ve fecundada por el «compromiso» si este «compromiso» se vive entero y hasta el fondo. Si, por otra parte, llevamos el análisis de este caso hasta sus últimas consecuencias, llegaremos a la conclusión de que el hombre —con su poderosa y bien definida personalidad en relación con los problemas de su contorno— y la obra están tan fundidos, que no cabe hablar de «engagement» —por utilizar la palabra original de la noción— cuando se trata de dar una imagen de Hikmet: ha sido un gran poeta que supo expresarse enteramente a sí mismo.

Otra de las notas que caracterizan la poesía de Hikmet la constituye el acento nostálgico que informa sus mejores poemas, y que proviene de su apartamiento forzoso, de su ostracismo —cárcel o exilio—, desde donde piensa «en el mundo, en mi patria y en ti». Nazim Hikmet amó el mundo, «su tierra, su luz, su lucha y su pan»; en «Amo a mi patria» revela una

fuerza poética capaz de superar todas las limitaciones.

«El sistema de ideas y puntos de vista que dan al arte de Nazim unidad, profundidad y realidad no son obra personal suya —escribe Salom—, sino que han sido tomados del pueblo». Constituyen una totalidad, y, por eso, en su obra, Nazim ha jugado hasta el final, se ha puesto entero en ella. Esta condición determinará que su poesía perdure, que no tarde en convertirse en un clásico. ■ E. G. R.

Un Moravia conocido

El Moravia de "Agostino" y "La desobediencia" no es nuevo para el lector español. Sin embargo, lanzarlo en una edición de bolsillo (Alianza Editorial) ha de contribuir a una mayor extensión de su conocimiento.

Alberto Moravia no intenta nunca desbordar los límites de la preceptiva académica del arte de narrar. Sus novelas están estructuradas a la manera tradicional, y estos dos relatos, recogidos en un solo volumen de Alianza y en traducción de Esther Benítez Eiroa, también. Podríamos decir que Moravia nunca se desmanda, no hay en él una sola prueba de desmesura, y, sin embargo, la audacia de sus planteamientos no tiene parangón en la literatura italiana del último cuarto de siglo. Algunas de sus novelas —pensamos sobre todo en "La romana"— han escandalizado bobamente a un público, en verdad poco habituado a la sinceridad, en el momento de su salida. Moravia es, no obstante, un moralista, con un gran dominio de la descripción psicológica y una incuestionable aptitud para la penetración en los conflictos del individuo con la sociedad. La reedición en castellano de estas dos obras maestras vuelve a recordarnos que la presencia novelística de Moravia no puede soslayarse si se aspira a comprender mejor lo que ha sido su tiempo, el tiempo de la guerra y de la posguerra. ■ E. G. R.

Hace treinta y cinco años, más o menos, bajar por la Coolsingel, desde el arrogante edificio del Ayuntamiento de la ciudad de Erasmo, debía bastar para que el visitante se hiciera una idea bastante exacta de las cualidades de todo tipo que adornan al pueblo holandés. Hoy, tras la concluzada labor de las Fuerzas Aéreas Aliadas y la no menos concluzada de las Fuerzas Capitalistas Conabuladas, la impresión que el visitante obtiene —si el visitante es español, cual es el caso presente— es la de hallarse en plena Feria del Campo, de Madrid. Triste destino para el centro comercial de una ciudad que, en su época dorada, podía presumir de tener el mayor puerto del mundo.

El objetivo

A la izquierda de la Coolsingel, cerrando una amplia plaza, se levanta el edificio De Doelen, que quiera decir algo así como El Objetivo o Los Fines. Es una construcción funcional, apacible y en absoluto desprovista de armonía (o harmonía). De Doelen ha sido el marco del Holland Festival, manifestación que acoge las más diversas expresiones artísticas y que organizan diversas entidades, de diverso signo también, presentes en la vida eminentemente mercantil e industrial de una ciudad que, pese a Erasmo, no goza de una auténtica tradición cultural.

El Holland Festival viene celebrándose desde hace algunos años. Pero en el presente los organizadores han tenido la peregrina idea de convocar a dos docenas largas de poetas de Europa y América para que leyeran al escogido y selecto público holandés lo más granado de sus composiciones. La idea ha tenido una acogida excelente en ese público, sobre todo teniendo en cuenta que la asistencia a cada una de las sesiones se condicionaba al pago previo de una entrada de cinco florines (noventa y tantas pesetas) y que sólo se tenía derecho a una limonada y algunos cacahuets pelados si se resistía hasta el final del acto, cuya duración media rebasaba las cuatro horas.

Las sesiones se desarrollaron entre el 17 y el 21 de junio, dando comienzo a las ocho y cuarto de la tarde para terminar pasada la medianoche, con el intervalo de una discreta pausa. Entre el público asistente (unas trescientas personas por sesión), bastantes jóvenes, pero no muchos estudiantes, para quienes De Doelen y el Rotterdamse Kunststichting, responsable de la organización de Poetry International Rotterdam, deben ser algo así como una bella mujer cuyos favores sólo se conceden a escogidos y distinguidos patricios a precio nada bajo.

El encuentro resultó no tener más objetivo que el de propiciar el contacto personal entre poetas de diversos países que, es de suponer, se enfrentan en cada uno de ellos con problemas particulares siempre difíciles de resolver. En cada una de las se-

ENCUENTRO
DE
POETAS
EN
ROTTERDAM